

## La Iglesia católica sirve

Estamos sumergidos en una profunda crisis económica, que afecta al mundo entero. El orden económico internacional, las bolsas y los mercados financieros se resienten alarmados por el impacto de esta crisis. Cada uno da su explicación a este gran problema, cuyas consecuencias a todos nos afecta, sobre todo a los más necesitados, que siempre salen perdiendo. «Nosotros no notamos la crisis, porque siempre estamos en crisis», -me decía hace poco un agricultor cuando visitaba su parroquia. También a la agricultura le afectará esta crisis, rebajando todavía más los precios de los productos agrícolas.

Yo no soy experto en economía ni me han encargado que resuelva la crisis. Pero a simple vista, uno percibe que el mundo no puede funcionar con tanto egoísmo y con tanta avaricia como vemos. Lo que normalmente llamamos consumo se ha disparado de manera desorbitada y hemos llegado al derroche en muchos campos. Yo espero que de esta crisis se replantee el orden económico internacional, de manera que superemos el escándalo del mal reparto de los bienes de este mundo. La Iglesia Católica, con el Papa y sus Obispos a la cabeza, señalan una y otra vez que la economía necesita un alma, un alma nueva, que la haga capaz de compartir y repartir a todos. La crisis económica tiene una dimensión ética, porque detrás de las grandes cifras y de las operaciones bancarias hay personas con sus intereses. Y tales personas deben pensar no sólo en sus propias ganancias, sino en que a todos llegue lo necesario. Es de estricta justicia.

Por eso, la crisis que estamos viviendo es una llamada permanente a la conversión. Tenemos que cambiar de ritmo de vida, aprender a ser más solidarios, estar pendientes de los que no tienen ni lo necesario para vivir. La crisis es una invitación a cambiar lo que hacemos mal para hacerlo bien, reduciendo el gasto superfluo y abriendo nuestra mano a los necesitados.

En medio de la crisis, salgamos al encuentro de los que lo están pasando mal. Cada uno de nosotros conocemos a quienes viven a nuestro lado. Y Jesús nos recuerda: «Lo que hicisteis a uno de estos mis humildes hermanos, a mí me lo hicisteis» (Mt 25). La gente más pobre de nuestro entorno son los emigrantes,

que han venido buscando una situación mejor para sus vidas, y en el conjunto de la economía española son una gran ayuda en tantos campos. La mano de obra más dura en la construcción y en la agricultura, el servicio doméstico a los ancianos y enfermos, el duro trabajo de la hostelería, y tantos otros, están siendo atendidos por emigrantes. Ellos son los primeros que pierden su puesto de trabajo precario. Estemos atentos para ayudarlos en lo que podamos. Y como ellos, tantos empleados que pierden su trabajo seguro.

Las Cáritas parroquiales han aumentado el 300% su actividad, al Conferencia Episcopal Española ha destinado una cantidad considerable a este campo. Hay sacerdotes y fieles que retiran parte de su salario fijo para constituir fondos de solidaridad. Se oyen gestos de este tipo por todas partes. Seamos todos más generosos y apretemos nuestro cinturón para ayudar a los demás. La Iglesia Católica está demostrando que no es un parásito en la sociedad, sino que es bienhechora que ayuda en esta crisis y en tantas otras. Bendito sea Dios, que podemos hacerlo, siguiendo el mandato de nuestro Maestro Jesús.

Con mi afecto y bendición:

**+Monseñor Demetrio Fernández**